

Capítulo XI.

La resolución de un padre.

Mauricio volvió á su casa antes que su esposa, y extrañó mucho ver en la cuna á su hija, y no hallar á Teresina.

—Habrá ido al pueblo. Yo he tardado más de lo que pensaba, y habrá encargado al huésped que tenga cuidado de la niña. Pero ¿y la otra? ¡Bah! Se la habrá llevado.

Y se encaminó á la habitación del peregrino para ver cómo estaba.

Su sorpresa creció al ver que había desaparecido.

Volvió á la cuna y halló un papel.

No sabía leer; pero extrañó mucho encontrar aquel objeto.

Poseído de la más viva ansiedad, se alejó de su casa para salir al encuentro de su esposa.

La descubrió á lo lejos, y vió que volvía sola.

Su ansiedad se aumentó.

—¿Qué habria sido de la niña que faltaba?

Teresina volvía muy de prisa.

—¿Estabas con cuidado?

—Sí, con mucho cuidado,—dijo Mauricio.—¿En dónde está Esperanza?

—¿Esperanza? La he dejado en la cuna al marcharme.

—¿En la cuna?

—Sí, con nuestra hija. El peregrino se ha quedado cuidándolas.

—¡Oh! ¡Dios mio, Dios mio! ¡Qué desgracia tan grande pesa sobre nosotros! La niña ha desaparecido.

—¿Marieta?

—No, Esperanza.

—¿Y el peregrino?

—Tambien.

—No puede ser.

—Cuando yo he llegado estaba nuestra hija en la cuna.

—¿Sola?

—Sí, sola. Fui á buscar al peregrino, y no le hallé. Volví á la cuna, y encontré en ella este papel.

Es necesario correr inmediatamente al convento para que lo lea alguno de los frailes. Sí, sí; voy en seguida.

—Detente,—dijo de pronto la aldeana.—Si el pe-

regirino nos ha robado á esa niña, no ha sido por cuenta suya, sino enviado por alguien; sin duda por algun enemigo de nuestro amo.

—Tienes razon.

—Habrá meditado muy bien su plan, y cuantas tentativas hagamos para encontrarla serán inútiles.

—Tal creo.

—Don Alfonso al saberlo se indignará, nos arrojara de la heredad, y quedaremos sumidos en la miseria.

—¿Y qué hacer?

—Una idea se me ha ocurrido.

—Habla, habla por Dios, que no sé lo que me pasa.

—Vé al convento en seguida, —dijo Teresina, —y allí... Se trata del porvenir de nuestra hija, Mauricio, y es necesario que finjamos.

—No adivino cuál es tu plan.

—Oye; vas al convento, te muestras apesadumbrado, dices que nos han robado á nuestra hija y que han dejado este papel, cuyo contenido no sabes descifrar.

Apenas te lo lean, si explica, como creo, las causas que han movido al peregrino á arrebatarnos á esa niña, tú te lamentas del error que le ha inducido á apoderarse de nuestra hija en vez de la otra, y en seguida vamos á ver á don Alfonso, le contamos lo que ha pasado, le decimos que han querido robar á su hija, y que se han engañado, llevándose la nuestra. Le pedimos por Dios que emplee todos los medios

posibles para devolvernos á nuestra Marieta, y si no se halla, al fin creará que nuestra hija es la suya; y al ménos, aunque nuestra conciencia sufra, tendremos la satisfaccion de ver feliz á este ángel á quien hemos dado el sér.

—¿Pero tú crees que no la reconocerá?

—¡Oh! No, es imposible. Las dos tienen la misma edad, se parecen mucho; y no la reconocerá, porque le haremos creer en nuestra ficcion.

Mauricio siguió al pié de la letra el consejo de Teresina.

Llegó al convento de camaldulenses, preguntó por el prior, se presentó á sus ojos consternado, hizo que le leyese aquel papel, y despues de saber su contenido, se lamentó del error que le habia privado de su hija.

Inmediatamente volvió á su casa, y aquella misma noche se pusieron los dos en camino con Marieta, y llegaron á Luca antes que Américo.

Tan bien desempeñaron su papel cerca de don Alfonso, que este dió crédito á sus palabras; y deseoso de calmar su dolor, al mismo tiempo que de satisfacer su indignacion, al ver que habian querido robarle á su hija, puso en juego todos los medios para que se buscara al raptor de la niña.

Américo oyó á cosa de las nueve de la mañana gran ruido de tambores.

Se asomó á la ventana, y vió que la muchedumbre acudia á una plaza.

—¿Qué pasa?—preguntó.

—Es el pregonero,—le dijo un mozo de la posada.

—¿Y qué pregona?

—Según parece, ha sido robada una niña en una de las heredades de la montaña, y el preboste ofrece diez florines en recompensa al que prenda al ladrón.

No había terminado el mozo de decir estas palabras, cuando cruzó una idea por su mente.

Recordó que Américo Vespucio había llegado aquella mañana con una niña, y sin decirle nada se dirigió al palacio de la autoridad.

Américo se vió en un gran apuro.

Asomado á la ventana estaba cuando vió partir al criado.

No había pasado un cuarto de hora cuando se presentaron en el meson algunos arcabuceros con el preboste, don Alfonso y Mauricio.

Preguntaron al mesonero si había llegado á hospedarse allí aquella mañana un hombre con una niña de poco más de un año.

El mesonero contestó afirmativamente.

Le dieron las señas del peregrino, y él contestó que no era peregrino el que había llegado á su casa con la niña.

—De todos modos, es necesario verle.

—Suban vuestas mercedes,—dijo.

—¿Está?

—Yo lo creo que está. Desde que ha llegado esta mañana no ha salido.

—En ese caso, entremos.

El preboste tomó las precauciones para que no pudiera escaparse.

Llamaron á la puerta y nadie respondió.

—Estará durmiendo,—dijo el mesonero.

—Llamad más fuerte.

Volvieron á llamar, y el mismo silencio.

—Echad la puerta abajo,—dijo el preboste.

Los arcabuceros, con las culatas de sus arcabuces, no tardaron en obedecer aquella orden.

Al entrar vieron la habitación desierta.

Sobre una mesa hallaron un papel.

Don Alfonso lo leyó inmediatamente.

Era de la misma letra del otro que había encontrado en la cuna Mauricio.

«He robado á la niña, decía aquel documento, porque creía que era la hija de don Alfonso Orlini, y para obtener por ella una crecida cantidad.

«He sabido mi error, y cuando este papel caiga en manos de la justicia, habré vuelto á conducir á su casa á la niña, para poder librarme del castigo que me aguarda.»

—Corramos inmediatamente á la montaña,—dijo don Alfonso.

Y montando á caballo con el preboste y algunos guardias, se dirigieron á su heredad.

Américo Vespucio había logrado evadirse por la ventana que daba á un corralón, y se había guarecido en una casa inmediata, pidiendo á una mujer que habitaba en ella que le ocultase.

Una vez en salvo, tomó sus medidas para poder

evadirse y emprender cuanto antes su viaje á España.

Antes de partir, la mujer que le habia ofrecido un asilo le dió una noticia que disminuyó la alegría que experimentaba por haber recogido á su hija.

Supo por ella la superchería de los aldeanos; supo tambien que don Alfonso, creyendo que era su hija la niña que habia quedado en poder de Mauricio y Teresa, habia resuelto darla toda su fortuna.

—¿Qué es lo que he hecho?—pensó Americo.—La he condenado á la pobreza, la he arrebatado las riquezas que como una compensacion por la pérdida de su madre pensaba ofrecerle su enemigo.

¡Oh! Ahora más que nunca necesito trabajar, sacrificarme, con el objeto de recuperar para ella lo que ha perdido.

Volvamos á España.

Allí me esperan para comprar mi testimonio; á todo estoy dispuesto: si es preciso mentir, mentiré; si es preciso sacrificar la vida y la honra para labrar el porvenir de mi hija, la sacrificaré.

Aquella noche partió de Luca á favor de la oscuridad, y se dirigió al puerto de mar más inmediato.

Allí tomó pasaje para Génova, desde Génova se dirigió á Barcelona, y llegó á Búrgos precisamente en los momentos en que más necesaria era su presencia.

Antes de pasar adelante, veamos qué causas habian motivado la llegada de Bartolomé Colon á la Isabela, y qué habia sido de este hermano predilecto del almirante durante el tiempo que habia permanecido ausente de él.

Capítulo X.

Ardides femeniles.

Dejamos á Bartolomé Colon cuando en sus mocedades, creyéndose engañado por Estela, la aldeana de los alrededores de Génova, á quien amaba, deseoso de convencerse de la infidelidad de la jóven, fué por la noche, la víspera del dia en que tenia que embarcarse con su tio y su hermano, á casa de la jóven, y ella, empleando todas sus artes femeniles, logró que no partiera.

Cristóbal fué, como recordarán mis lectores, á ver á la jóven, que segun le habia dicho la buena mujer que le habia obligado á salir de Génova, se habia escapado con su amante, y la encontró tranquila en su morada.

Al preguntarle por su hermano, le aseguró que